

A modo de introducción

Amor por teléfono

*L*ary sonríe a la cámara con el auricular del teléfono en su oído izquierdo. El fotógrafo que recorre la comarca ha llegado a El Tiemblo (Ávila) y ella no quiere perder la oportunidad de que la “retrate” en su puesto de trabajo. “Sáqueme bien guapa, que se la quiero enviar a mi novio para el día de los enamorados”, le pide mientras hace como que trabaja, sentada frente a una mesa y con un aparato lleno de cables delante, con el que establece las conferencias a los pueblos cercanos. Corren los primeros días de febrero de 1948, Lary tiene 24 años y hace solo unos meses que conoció a ese chico “tan galante”: Aníbal, un guardia civil del puesto de El Barraco, con bigote a lo Clark Gable y nombre del general cartaginés que atravesó los Alpes con un ejército de elefantes. Pero eso ella aún lo desconoce. Lo que sí sabe es que, de tanto comunicarse con él (“aquí Tiemblo”, “aquí Barraco”), se ha enamorado. Primero de su voz. Y después, de todo él. De su labia y de sus labios. De su pelo con ondas engominadas, su olor a perfume y gel de masaje para después del afeitado. Sus zapatos lustrados, tras cepillarlos con ímpetu a diario, su traje y su corbata cuando va “de paisano” y su porte de galán, brazo a la cintura y piernas flexionadas cuando le fotografían.



Lary Fernández Ballesteros, en febrero de 1948, cuando era telefonista en El Tiemblo (Ávila).

Y ella, tan alta y espigada, con su larga melena castaña y rizada, que recoge y adorna con un lazo, y sus pendientes de aro, se ha convertido así, en la novia del guardia de puertas. Pero Lary no es la protagonista de una novela histórica, de esas que recorren la miseria de la posguerra española y los tiempos de los maquis. Lary es real y aún vive. Tiene 94 años y la cabeza totalmente perdida. Apenas habla pero aún se pinta los labios de “carmín” en la habitación de su residencia de ancianos. Lary es mi abuela materna. La madre de mi madre. La que me llevaba a tomar chocolate con churros cuando tenía 3 años y me colocaba servilletas de papel a modo de babero para que no me manchase. La que me cosía los vestidos con “nido de abeja” y la que ahora me mira, otra vez, con sus ojos de 24 años desde una imagen en blanco y negro, con los bordes dentados y en cuyo reverso aún se lee “Foto Palmeiro. Madrid. 14 de febrero de 1948”.

El fotógrafo vuelve a enfocar hacia esa joven telefonista que viste camisa blanca, una chaqueta de lana gruesa con un estampado de cuadros en la parte delantera, que hace teatro en el grupo parroquial, baila tangos y pasodobles y tiene pose y mirada de actriz. A la izquierda del escritorio y pegado a la pared, un dibujo a carboncillo de la Virgen y el niño Jesús, dibujado por ella misma; y a su lado, una lista con las extensiones telefónicas más frecuentes. A la derecha, otro dibujo, un tintero y una revista. “Aníbal, tengo una sorpresa para ti”, le dice a través del cable del teléfono, cuando el fotógrafo ya se ha marchado. “¿Y qué es?”, le pregunta curioso. “¡Ah! Ya lo verás el día de San Valentín. Solo te daré una pista: seguro que salgo muy guapa, casi tanto como Vivien Leigh”, le confiesa, presumida.

A los cuatro meses, ese fotógrafo volvió al pueblo y entonces retrató a la parejita en un camino de tierra, delante de una verja. La instantánea, revelada también en “Foto Palmeiro, Madrid”, el 16 de junio, es una imagen de verano. Romántica pero no al nivel de arrebató del cartel de “Lo que viento se llevó”. Lary lleva un vestido blanco de manga larga que le cubre las rodillas y está rematado por flores más oscuras en el cinturón y en los hombros. Zapatos negros de poco tacón y una flor en el pelo. Aníbal, a su

lado, con traje y corbata, posa su mano izquierda en su cintura y la derecha, en el bolsillo de la americana.

Quizá ya lo intuían pero la boda no tardó mucho en llegar. Eran tiempos de noviazgos cortos y vidas aceleradas. Así, el 23 de septiembre de 1949 se casaron en Ávila, junto al hermano y la cuñada de Lary, Ángel y Consuelo, en una boda a cuatro voces. “Creo que ese mismo día me quedé embarazada. Las señoras mayores del pueblo hacían sus cálculos cuando nació tu madre, el 14 de junio, porque creían que me había casado “estando”. Pero no”, me confesaba divertida. La boda, el embarazo y abandonar el teléfono fueron de la mano. “Entonces, cuando nos casábamos dejábamos de trabajar. Había que atender al marido, los hijos, la casa... Además, no había tantas comodidades como ahora. No existían los pañales desechables ni las silletas. Los niños se hacían pis encima y había que llevarlos siempre en brazos”, me contaba hace unos años, cuando mi hijo mayor era un bebé. Y entonces, aún lúcida, se extrañaba de ver a tantos hombres empujando los cochecitos por la calle. “¡Ay que ver! ¡Cómo se ocupan de los niños! Antes, no los cogían porque les machaban la ropa”. Entiendo. Resulta difícil imaginarse a Clark Gable (pronunciando por ellos, Gable, tal cual se escribe) con un cerco de pis en el uniforme verde de servicio. Impensable.

A los tres años de nacer mi madre, dejaron Ávila y comenzaron, como la mayoría de las familias de la Guardia Civil, su peregrinaje por España. De pueblo en pueblo. De ascenso en ascenso. Con un hijo de una provincia y otro, de otra. Con amigos en todas partes y en ninguna. Lejos de la familia. Lary y Aníbal criaron tres hijos, “todos con estudios universitarios”, se enorgullecían, fueron abuelos de seis nietos y hoy Lary tiene siete biznietos y dos, en camino. Aunque no sepa quiénes son esos niños que la saludan, la besan y la llaman “yaya”.

Y todo, gracias a un cable de teléfono. A una voz seductora que llegó al oído apropiado recorriendo kilómetros. A un noviazgo tan moderno como las actuales citas a través de portales de “ligues” (perdón, “contactos”) en Internet. Quizá, por eso, los dos siempre se comunicaron muy bien, aun-

que también discutían. Ella siempre esperaba su aprobación y terminaba todas las frases con su muletilla “¿verdad, Aníbal?”, de la que nos reíamos y burlábamos los nietos. Miro y remiro la foto de dientes dentados pero no me habla. Por más que me esfuerzo en escudriñar todos los detalles, en averiguar el color de esa chaqueta de cuadros, del lazo de su pelo y en escuchar de la boca de esa joven telefonista un “aquí Tiemblo, ¿dígame?”.

Nota de la autora

Este texto lo escribí el 24 de septiembre de 2017, un día después de que Lary y Aníbal (si él hubiera vivido) hubiesen celebrado su 68 aniversario de bodas. Lary acababa entonces de ingresar en una residencia de ancianos y falleció a las pocas semanas, el 15 de octubre de ese mismo año. El día de Santa Teresa, la patrona de su querida Ávila, rodeada de sus tres hijos: Sonsoles (mi madre), Ramón Ángel y Paloma.



Lary Fernández Ballesteros y Ánibal Rosello Omedes, en junio de 1948, cuando eran novios, en una calle de El Tiemblo (Ávila).